

cisamente un «cadáver pobremente vestido». El otro sí, el del Allende asesinado realmente por los soldados atacantes estaba pobremente vestido. La realidad y el mito se le cruzaron al general Palacios y en su declaración mezcló verdad y mentira: la verdad de que no reconoció el cadáver de Allende **ASESINADO EN EL SALÓN ROJO**, y la mentira que se refería al cadáver de Allende puesto posteriormente en el Salón Independencia para armar el «suicidio».

¿Qué hacemos con la noticia?

Como hemos visto en este reportaje, hubo serias divergencias de criterio para construir el suicidio de Allende, entre el general Ernesto Baeza Michelsen y el general Augusto Pinochet. El primero armó el espectáculo tratando de basar todo su «argumento» en la policía civil, mientras el segundo quiso que se hiciera apoyándose sólo en los organismos médicos y de Inteligencia de las Fuerzas Armadas.

Esto provocó serias divergencias, hasta el punto que el miércoles 12 de septiembre, en la tarde, el general Ernesto Baeza Michelsen, a gritos, delante de funcionarios civiles de la policía de investigaciones, ofreció su renuncia al general Pinochet, gritando: «¡Esto nos pasa por trabajar con pijecitos hijos de puta!» El general Baeza se refería a Federico Willoughby MacDonald, secretario de prensa de la Junta Militar, el cual había redactado un comunicado sobre «el suicidio» de Allende, que fue repartido a la prensa a las 14,30 horas del miércoles 12 de septiembre.

El comunicado de prensa había causado la ira de Baeza Michelsen porque contenía inexactitudes y errores, que más tarde podrían provocar problemas, sobre todo porque aparecía como «comunicado oficial de la Junta Militar de Gobierno».

La versión que daban los generales sublevados, veinticuatro horas después de la muerte de Allende, era la siguiente, según transmisión por la radio oficial:

«La Junta Militar de Gobierno de Chile anunció oficialmente que el ex presidente Salvador Allende se suicidó y que su cadáver fue inhumado este mediodía. El comunicado señala que:

1) A las 13.09 horas de ayer martes, Salvador Allende ofreció rendirse incondicionalmente a las fuerzas militares.

2) Para ese efecto se dispuso de inmediato el envío de una patrulla cuya llegada a Palacio de la Moneda se vio retrasada

por la acción artera de francotiradores apostados especialmente en el Ministerio de Obras Públicas que pretendieron interceptarla.

3) Al ingresar esta patrulla en La Moneda, encontró en sus dependencias el cadáver del señor Allende.

4) Trasladado al Hospital Militar, una comisión médica integrada por los jefes de los Servicios de Sanidad de las Fuerzas Armadas y de Carabineros, junto a un médico legista, constataron su deceso y dictaminaron el suicidio.»

La furia del general Baeza era bastante justificada, porque según ese comunicado oficial de la Junta Militar de Gobierno, la «batalla de La Moneda» había terminado poco después de las 13 horas, mientras que era público y notorio, y además sancionado por un comunicado del Ministerio de Defensa del día anterior, 11 de septiembre, que «el Palacio de La Moneda ha caído en manos de las fuerzas militares a las 14.50 horas».

Al mismo tiempo, este comunicado colocaba el «suicidio» de Allende pocos minutos después de las 13 horas, mientras que en el anochecer del día 11 de septiembre, el prefecto de Investigaciones de Santiago, René Carrasco, había declarado a los corresponsales extranjeros de la Agence France Presse, United Press International y Associated Press, que «el personal de la Brigada especializada en estos servicios, comprobó la muerte del derrocado Mandatario, la cual se produjo aproximadamente entre las 13.30 y 14 horas de hoy».

Por último, el comunicado oficial señalaba que el cadáver de Allende había sido trasladado al Hospital Militar para ser examinado por los equipos de las Fuerzas Armadas, lo cual también era falso, ya que ese traslado se hizo cerca de las siete de la tarde, DESPUÉS que la Brigada de Homicidios cumplió el papel que el comunicado señalaba a «los jefes de los Servicios de Sanidad de las Fuerzas Armadas y de Carabineros».

El general Ernesto Baeza Michelsen hizo saber al Comando Conjunto que «ese tipo de declaraciones nos ponen en ridículo» y hace recaer «sobre nosotros» precisamente las sospechas que queremos evitar. ¡Las «sospechas» de que Salvador Allende había sido asesinado por los militares insurrectos!

Además, el general Baeza, en la tarde del día 12 de septiembre, tenía otro motivo grave de preocupación. Ocurre que los grupos armados civiles que participaban en el golpe de Estado, agrupados bajo el nombre genérico de Unidades Independientes por el Comando Operacional Conjunto Militar de Peñalolén, ha-

bía puesto en el aire, sin autorización de los generales insurrectos, una radio de onda corta, la cual, a las cuatro de la tarde del día 11 de septiembre había transmitido la noticia de la muerte del presidente Allende, con un texto aproximado a éste: «Atención Chile. Atención a todo el mundo. Aquí Santiago Treinta y Tres. Este es Chile Libre. Allende ya es un cadáver. El capitán Roberto Garrido nos ha liberado de las garras del marxismo. Aquí transmite la Asociación de Chilenos Libres. Éste es Chile Libre. Allende ha sido ajusticiado por nuestros soldados gloriosos.»

El general Baeza, al conocer esta transmisión, en la noche del día 11 de septiembre, ordenó investigar el sitio en donde estaba esa radio clandestina de las Unidades Independientes, y se encontró con la sorpresa de que la emisión había salido del Ministerio de Defensa, y que, además, sus superiores inmediatos le sugerían que no siguiera investigando.

Por último, el general Baeza sólo tenía un motivo de satisfacción: el haber logrado que la noticia del «suicidio» fabricado de Salvador Allende se demorara veinticuatro horas, para ultimar detalles, perfeccionar declaraciones e impedir que grupos de civiles trataran de arrebatar el cadáver del ex Presidente a las Fuerzas Armadas, descubriendo los innumerables impactos que tenía en el cuerpo.

Su satisfacción era la de un hombre que había fabricado un suicidio muy importante, incluso consiguiéndose un testigo ocular insospechable, ya que era médico y civil. También había logrado apresurar el montaje del suicidio en el Salón Independencia de La Moneda, de tal modo que cerca de las seis y media de la tarde del día 11 de septiembre, pudo permitir que un periodista del diario «El Mercurio» entrara al escenario del espectáculo: era el jefe de fotografía del periódico más importante de Chile, Juan Enrique Lira, quien escribió: «Alumbrado por focos de los bomberos, el presidente Allende aparecía recostado sobre un sofá de felpa, con la cabeza totalmente destrozada; tenía una ametralladora hacia un lado. En ese momento pensé que se había disparado una ráfaga de más de dos balas por el estado que presentaba la cabeza del Presidente, posteriormente solamente se encontraron dos vainillas vacías.»

Los jefes militares permitieron que Lira y otros periodistas del canal de la Universidad Católica, permanecieran cerca de un cuarto de hora en el lugar.

La situación merece el comentario que el escritor chileno Fer-

nando Alegría, profesor en la Stanford University (Estados Unidos), hizo en el número de diciembre de 1973 de la revista «Ramparts»:

«La Junta publicó un comunicado que apareció en los periódicos. Ellos dicen que Allende se suicidó y agregan que había copiosa cantidad de huellas de pólvora en sus manos, lo cual sugiere, de acuerdo con el mismo comunicado, que el Presidente estuvo disparando por largo tiempo. Conociendo a Allende como yo lo conocí, sin embargo, estoy convencido de que él murió luchando, con una ametralladora en sus manos. Él estaba resuelto a seguir combatiendo en La Moneda. Si la Junta está utilizando la palabra «suicidio» metafóricamente para describir el hecho de que Allende estaba solo frente a todo un ejército, entonces puedo aceptar el comunicado oficial, aun cuando estimo que su uso de las metáforas es deplorable.»